

ORIGEN DE LOS TERCIOS ESPAÑOLES

Para los europeos de su tiempo no hubo sombra de duda: durante casi ciento cincuenta años, entre 1534 y finales del siglo XVII, los tercios españoles fueron las mejores unidades militares del mundo. Tres siglos después de su desaparición, todavía se comparan los tercios de infantería española a las legiones romanas y las falanges macedónicas.

Los tercios fueron las grandes unidades de infantería, generalmente española, de los ejércitos del Rey Católico. Eran solo un porcentaje pequeño de los ejércitos multinacionales de los Austrias, pero eran su núcleo duro, la herramienta decisiva que forjaba la victoria o conjuraba las amenazas.

EL REY CATÓLICO

El emperador Carlos V (que en España era el rey Carlos I), heredó, junto con una fantástica colección de estados, el título de «Rey Católico» que el papa Alejandro VI concedió a sus abuelos Fernando e Isabel. No era un título meramente honorífico; a los demás reyes les suscitaba recelo y envidia porque el adjetivo «católico» no solo se refería a la firmeza de la fe de los monarcas de España; la palabra «católico» significa «universal», y eso escocía. «No cabe duda -informaba Richelieu a su rey Luis XIII de Francia-, de que los españoles aspiran al dominio universal, y que los únicos obstáculos que han encontrado hasta ahora son la distancia entre sus dominios y su escasez de gente».

El Rey Católico, que era el nombre técnico que se le daba en las cancillerías extranjeras, no solo era rey de España sino que era soberano además de otros reinos, ducados y señoríos. Hoy le llamamos, para abreviar, Imperio Español o «dominios del rey de España» a lo que realmente era la reunión de muchas coronas, de muchos estados que no eran todos españoles, ni mucho menos, en una sola persona.

Pero fuera de España, los otros súbditos del Rey Católico lo que veían eran muchos soldados y gobernadores españoles, seguramente con más frecuencia de la que quisieran. Si Carlos V había sido un europeo de raíces múltiples, un flamenco que se sentía alemán, su hijo Felipe II ya había nacido en la Península, y se sentía medio español y medio portugués. Los sucesores ya solo pensaban, sentían y actuaban como españoles; y los españoles estaban convencidos de que los dominios de su rey eran suyos. Muy pronto, dentro y fuera de España, todos se acostumbraron a hablar del «rey de España», y a llamar a los dominios del Rey Católico, dominios españoles.

Así pues, se daba la paradoja de que se hablara de Países Bajos españoles, que a un cardenal de Nápoles lo llamaran español, o que los españoles consideraran suyas las glorias del marqués del Vasto (que era napolitano), Pescara y Colonna (que eran romanos), Doria y Spínola (que eran genoveses), Alejandro Farnesio (que era de Parma), o el cardenal Granvela, que era belga, o que consideraran españoles a san Luis Gonzaga y san Francisco de Paula, ambos italianos.

EL EJÉRCITO DEL REY

En España, al contrario que en el resto de Europa, la guerra no había sido el deporte violento de señores feudales. En España la guerra había sido una cuestión de supervivencia porque durante ocho siglos el pueblo español combatió en la Reconquista. La guerra fue asunto de todos y todos iban a la guerra: el rey, las órdenes militares, los señores con sus mesnadas señoriales y, sobre todo, y ahí estaba la diferencia, las milicias de los concejos populares, es decir, los pequeños ejércitos municipales.

Al finalizar la Reconquista, el horizonte bélico cambió y por primera vez en muchos siglos la amenaza vino del norte. En 1.495, el primer contingente expedicionario que los Reyes Católicos mandan a Italia ya refleja el predominio de la infantería armada con largas picas sobre las lanzas de caballería. Poco después, la ordenanza de 18 de enero de 1.496 sentaba las bases de la organización de esa administración militar que permitió a España crear, enviar y mantener ejércitos y armadas en los cuatro confines del mundo cristiano a lo largo de muchos decenios. Solamente el rey podía nombrar capitanes; todos los pueblos tenían que tener preparado uno de cada doce hombres hábiles por si el rey lo llamaba a la guerra (desde luego, pagándole). De acuerdo con aquella ordenanza, formaron ejércitos que defendieron Cataluña y Navarra de los franceses, mantuvieron el reino de Nápoles dentro de la corona de Aragón, y conquistaron plazas del norte de África.

En torno a esas fechas, al constituirse el ejército del Rosellón, aparece la infantería dividida en tres partes: lanceros o piqueros; escudados, y ballesteros y espingarderos, lo que demuestra que las innovaciones organizativas no fueron fruto de la experiencia de los cuerpos expedicionarios de Italia.

Para la campaña de 1496-97, los lanceros de a pie figuran ya dotados de picas de veinticuatro palmos. En 1500, se forma una segunda expedición para Italia, con 3.042 infantes y únicamente 600 caballos. Los primeros agrupados en compañías de distinta entidad. Los escudados, además, han desaparecido, mientras que los espingarderos suman una cuarta parte del total, indicándose así una percepción extraordinariamente precoz de la importancia de las armas de fuego. Otro hito en la evolución sería la unión en las relaciones de fuerza de los lanceros con los ballesteros, reflejando una pérdida de la importancia de éstos, a la que seguiría la transformación de unos y otros en piqueros. El elemento más moderno, los espingarderos, pasa en menos de diez años de constituir un simple subgrupo, mezclado con los ballesteros, hasta formar, junto a los piqueros, una de las dos especialidades de infantería.

El Gran Capitán obtendrá sus triunfos italianos cuando este proceso todavía no estaba completado. Le cabe, no obstante, el mérito de la comprensión, antes que nadie, de la importancia de las armas de fuego. En este campo, España se adelantó considerablemente a otras potencias de la época. Salazar afirma que Fernández de Córdoba entrevió una infantería que se parecía mucho a los Tercios: un “escuadrón” dividido en doce compañías de 500 hombres. Dos de ellas de piqueros en su totalidad; el resto con 200 de éstos, otros tantos dotados de rodelas y dardos y 100 arcabuceros. El jefe de la unidad llevaría el nombre de coronel y en cada compañía habría un capitán, cinco centuriones a los que llamaría cabos de batalla, un alférez con

su bandera, cincuenta cabos de escuadra, dos tambores y un pífano. Pero nada indica que esta idea se llevara a la práctica.

En opinión de Quatrefages 1.504 fue verdaderamente el año crucial, cuando los Reyes Católicos deciden formar en España la gente de ordenanza, es decir, la nueva infantería, articulada en compañías relativamente homogéneas y no en contingentes provinciales de muy diversa entidad. La conquista de territorios en Italia y en el norte de África acelerará la transformación de las unidades de infantería al exigir guarniciones permanentes.

En 1.507, con ocasión de una rebelión del conde de Lemos, se activan las mencionadas compañías. Cada uno de sus capitanes debía reunir sesenta y dos hombres, la tercera parte arcabuceros, las otras dos piqueros. Al año siguiente, para el ataque a Orán, los infantes están organizados en coronelías, que agrupan una cantidad variable de compañías. Suege así un escalón intermedio entre éstas y el ejército. Cada capitán cuenta, también, con un teniente, un alférez, a veces un sargento, cabos y músicos. En 1.510 se menciona, aunque con funciones desconocida al maestre de campo, que será el futuro jefe del tercio.

Cuando en 1.529 se preparan fuerzas para acompañar a Carlos V a su coronación, los espingarderos han desaparecido totalmente, figurando en su lugar los arcabuceros y algunos escopeteros, que no tardarán en ser suprimidos; capitanes y alfereces aparecen con los sueldos que mantendrán durante años (40 y 15 escudos mensuales, respectivamente).

MULTINACIONAL Y A LA MEDIDA

Carlos V, emperador del Sacro Imperio y Rey católico, mantenía, donde los necesitaba, una multitud de cuerpos militares de diverso tamaño, origen y especialidad, en cuyos campamentos se hablaban hasta trece lenguas distintas. Los contingentes más numerosos eran, por este orden, alemanes, valones, italianos, españoles y borgoñones, a los que con el tiempo se añadirían irlandeses, ingleses, escoceses, croatas, que entonces se llamaban uscoques, y albaneses. El ejército se componía en sus cuatro quintas partes de infantería de diversas naciones. Algo menos de un quinto eran tropas a caballo, entre las que había que distinguir los jinetes (a la española, sin armadura) y los caballeros armados de coraza o caballos corazas. Unos centenares de artilleros se ocupaban de los cañones. estos cuerpos militares podían haber sido contratados directamente por el Rey, o por los diversos estados o ciudades de los que era soberano, o bien los suministraba algún asentista, un mercader que suministraba compañías militares como quien suministra uniformes o cañones. En estos ejércitos multinacionales la infantería española de los tercios sumaba en torno a ocho mil hombres como máximo.

UNA FECHA INCIERTA

Los tercios nacieron en una fecha incierta y disputada entre octubre de 1.534, año en que Carlos V dio la orden de reorganizar las compañías de infantería española que la corona española tenía en Italia desde mucho tiempo atrás, y la llamada ordenanza de Génova de 1536 en la que dicta instrucciones para pagarlos. Clonard asegura, sin citar sus fuentes, que en 1.534 la infantería sufrió una nueva variación: creáronse los tercios, cada uno de los cuales se componía de tres coronelías y estas a su vez de cuatro compañías. Según este autor, se constituyeron de esta

manera los de Nápoles, Sicilia y Lombardía. La ordenanza de Génova, último paso documentado, es donde se acuña el término “Tercio” para referirse a cada una de las tres agrupaciones de tropas existentes en Italia, nombrándose expresamente a las de Nápoles y Sicilia, Lombardía y Málaga, y mencionando, sin más detalles, que cada una debe de contar con compañías de trescientos hombres. Parece, pués, que se está designando así a fracciones del ejército, más que a unidades orgánicas.

En esencia, Carlos V ordenó reagrupar en tres tercios, es decir, en tres tercias partes correspondientes al ducado de Milán, el reino de Nápoles y el reino de Sicilia, la infantería española que había en Italia desde antiguo, en algunos casos desde el Gran Capitán, y en otros desde los almogárvares. Carlos creaba tres mandos y jurisdicciones militares correspondientes a cada uno de los tres estados más importantes que tenía en Italia: el reino de Nápoles, que era más de media península italiana, entonces el reino más ricos y próspero del Mediterráneo, el reino de Sicilia, en la isla de su nombre, y el ducado de Milán o reino de Lombardía, en el norte de Italia.

El emperador puso al frente de cada uno de estos tercios a un capitán muy distinguido, nombrado «maestre de campo», con unos medios de mando que hoy parecen escasos, pero que entonces sin duda eran suficientes. El maestre de campo ejercía una autoridad indiscutida sobre los capitanes de las demás compañías del tercio, y él mismo, además del tercio, mandaba su propia compañía.

LA COMBINACIÓN DE ARMAS

La temible eficacia de la infantería de los tercios se basaba en combinar sus armas blancas (pica y espada) con las de fuego (arcabuz y mosquete), una síntesis innovadora que hizo al tercio capaz de adaptarse a situaciones muy diversas, algo muy avanzado tácticamente en su época.

En un primer momento, el arma por excelencia del tercio era la pica, considerada como la «reina de las armas». Los piqueros se agrupaban en escuadrones flanqueados por grupos (mangas) de arcabuceros, una táctica heredada del modelo suizo de cuadros compactos que acabó con el predominio de la caballería en el campo de batalla. Como señala el teórico y maestre de campo de los tercios Bernardino de Escalante, en su obra «Diálogos del arte militar», la pica era «la mayor firmeza de un campo (de batalla...) Usáronla los suizos primero en nuestros tiempos a imitación de los soldados antiguos de Macedonia, que las traían muy largas de veinte y dos pies, y a los romanos de doce, eligiendo ellos el medio de quince a dieciséis, para defenderse de las gruesas bandas de caballos alemanes».

La gran superioridad del tercio sobre el modelo suizo residía en su capacidad para fragmentarse; el tercio no era una unidad de combate, como los escuadrones suizos, sino de encuadramiento, y podía segregar unidades menores y más móviles, capaces de llegar al combate individual, en el que los españoles solían llevar ventaja por su iniciativa y bravura. En esto se perciben los ecos de Vegecio y del orden elástico de las legiones romanas con la experiencia acumulada en los últimos tiempos de la Reconquista, y en especial de la Guerra de Granada, combinados con mano maestra por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. A esta superioridad táctica se unía la capacidad estratégica: los tercios en Lombardía y los reinos de

Nápoles y Sicilia podían ser enviados tanto al norte y centro de Europa como hacia el Mediterráneo y el norte de África. Cuando los tercios fijos se desplazaban, podían ser sustituidos en sus lugares de origen por nuevos reclutas procedentes de España, una especie de «noria» que permitía mantener siempre una infantería bien entrenada y lista para entrar en combate.

Lo que hoy día nadie sabe (ni entonces tampoco), es por qué se llamaron tercios estas agrupaciones de compañías que creó Carlos V. Se ha atribuido el nombre a que el tercio debía contar tres mil hombres. Otros suponen que se llamaba así porque treinta años atrás, en la compañía del Rosellón, los soldados de infantería se repartían en tres grupos: un tercio armados de picas; otro de escudados (soldados con espada y escudo); y el tercero de ballesteros y espingarderos.

También parece razonable que el nombre se deba a una expresión literal de la orden de creación, que habla de tres tercios, pero entonces sobraría un tercio porque Carlos, que era también rey de Cerdeña, creó también poco después un tercio en aquella isla, y en tal caso, los tres tercios en que dividió Carlos la infantería española de Italia serían en realidad cuatro. La verdad es que quinientos años más tarde pasó lo mismo cuando se creó el Tercio Alejandro Farnesio, IV de la Legión: la Legión tenía cuatro tercios. Venga de donde venga la voz, lo cierto es que los cuerpos españoles de infantería recibieron el nombre de tercios, sin que esa denominación alcanzara a la caballería hasta el año 1649, en que por primera vez se crearon tercios de esta arma. La adopción en España de la palabra «tercio» fue y continua siendo un misterio, pero ha conservado su vigencia. A fines del siglo XVIII se creó el Tercio de Tejas, en América, y durante la Guerra de la Independencia los voluntarios leoneses de la primera constituyeron el Tercio de Clavijo. Hoy la palabra designa a las mayores unidades de infantería de la Legión (que también emplea el término «banderas», que en los viejos tercios era sinónimo de compañías y hoy se emplea para unidades tipo batallón). Además, existen tercios de infantería de Marina o de la Guardia Civil, al mando de coroneles, con un número variable de compañías agrupadas en Comandancias a cargo de tenientes coroneles.